



TICO, EL MENDIGO

Por Ada Albrecht

En una sagrada montaña de los Himalayas vivía un anciano y sabio Maestro Espiritual. Su nombre era Brahmananda, y poseía un gran número de discípulos. Muchos de ellos eran reyes o importantes ministros de las cortes de los reinos vecinos. Para éstos, que viajaban en sus carruajes y eran escoltados por sirvientes, era relativamente fácil llegar a la humilde choza de Brahmananda.

Cierta vez, Tico, el mendigo de la aldea que se hallaba a los pies de la montaña donde vivía el Maestro, sintió hablar de él.

Tico era analfabeto, pero lo que escuchó decir de Brahmananda llenó su corazón de un intenso amor por él. Tico, además de mendigo, era inválido. En verdad, fue su invalidez lo que le llevó hacia la mendicidad. Por todo esto, no podía siquiera soñar con viajar hasta la montaña donde vivía Brahmananda, de modo que se conformaba, día y noche, con adorarlo a través de sus oraciones y prendiendo inciensos en dirección a su choza.

Una noche en que se hallaba profundamente dormido, creyó escuchar en sueños que el célebre *Guru* se hallaba a su lado y le daba instrucciones sobre cómo desarrollar la Devoción a Dios para llegar a Él. Tico bebió sus palabras con profundo contentamiento. Lágrimas de agradecimiento brotaban de sus ojos, sentía que se encontraba en estado beatífico.

Al despertar, y ya en el mundo “real”, terminó por creer que todo había sido un sueño.

La noche siguiente, Brahmananda nuevamente visitó a Tico; volvió a instruirlo sobre el Camino inefable de la Devoción a Dios. Y lo mismo sucedió las noches siguientes.

Tras cada aparición, Tico se levantaba de su cama más sabio, más devoto, y ya no tan convencido de que se trataba de simples imaginaciones.

Pasado el tiempo, llegó a ser célebre en su aldea por su sabiduría. Tico el mendigo, terminó pues, por convertirse en una criatura de suprema santidad a quien todo el mundo quería. Si bien las visitas nocturnas de Brahmananda habían cesado, no lo hizo la devoción de Tico. Pasaba muchas horas del día rezando ante la imagen de su querido Maestro, imagen que él sólo veía en la morada de su corazón.

Cierto día, escuchó que alguien llamaba a su puerta. Estremecido de emoción y contentamiento, descubrió a Brahma-

nanda parado en el umbral. Lágrimas caían de sus ojos. Se arrojó a sus pies. No sabía cómo demostrarle su afecto.

—Levántate, hijo querido —dijo entonces Brahmananda, extendiéndole los brazos. Y agregó:

—Noches enteras te he visto meditando en Dios, Nuestro Señor, con los ojos de mi corazón. Del mismo modo, recibí agradecido el afecto que me prodigabas. Fui yo quien durante todo este tiempo he estado visitándote. Venía a verte valiéndome del carruaje de tus sueños para instruirte en todo cuanto anhelas saber. Muchos discípulos me han visitado y estudiado conmigo, pero tu amor a Dios y a este viejo Maestro, que soy yo, era superior al amor que poseían todos ellos juntos. Tan intenso fue tu anhelo que él me atrajo e hizo posible que te enseñara y que tú aprendieras lo referente al Reino del Alma que se regocija en el Señor. Eso es todo lo que el Amor requiere: intensidad, perseverancia y sinceridad. Ellas son pruebas de Amor, y el Amor no requiere de ninguna otra.

Y Tico, que ayer fuera mendigo, convertido en un Santo y un asceta, pasó su vida guiando las almas hacia Dios a través del sentimiento de la Devoción.

Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura
